

572.2
R238r
v.2

STC-31-oct-78.

GN315
R3
v.2

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



Hombre y mujer araucanos (de una fotografía)

LAS RAZAS HUMANAS

LIBRO PRIMERO

LOS PUEBLOS NATURALES DE AMÉRICA

CAPITULO PRIMERO

NATURALEZA DE AMÉRICA

«América es más que una parte de la tierra; es por sí sola una de las dos islas que constituyen el mundo.»

Situación. - Magnitud. - Perfil. - Configuración del suelo. - Las cordilleras. - Pampas y llanos. - Clima. - Formación de estepas. - Plantas y animales útiles.

Las dos inmensas moles continentales - la americana en la parte occidental y la del antiguo mundo en la oriental de la tierra - separadas una de otra por los dos grandes océanos, extiéndense frente á frente compactas y perfectamente deslindadas como dos islas monstruosas, pudiendo quizás únicamente aparecer confusos sus lindes en el elevado Norte, en regiones de las que sólo conocemos los bordes. Las distancias entre los bordes de la isla oriental ó Antiguo mundo alcanzan su grado máximo en el Sud y se van estrechando hacia el Norte: entre el cabo de San Roque y la costa de Sierra Leona media una distancia de 400 millas; las Azores no distan de Terranova más allá de 200 millas y Terranova está, á su vez, á 450 millas de Irlanda; y si además, como generalmente se hace, se cuenta á Islandia como perteneciente á Europa y á Groenlandia como correspondiente á América, la distancia resulta toda-

vía menor. En el Océano Pacífico la separación es mayor en el Sud y en el centro, por ser mucho más ancho el mar separador, y en cambio resulta menor á medida que se avanza hacia el Norte; en el Ecuador llega á ser igual á los dos quintos del perímetro de la tierra, al paso que en el estrecho de Bering apenas llega á 9 millas; al Sud de este estrecho las islas Aleutianas forman una cadena de unión entre ambos continentes. Estas distancias y aproximaciones son muy dignas de tenerse en cuenta bajo muchos conceptos y á ellas habremos de referirnos cuando nos ocupemos en las antiguas poblaciones de América.

América está, en punto á superficie (unas 750.000 millas cuadradas), por debajo del Asia, y sólo llega á la mitad de la del Antiguo Mundo; cierto que es más larga que éste, pues desde su extremo Norte á su extremo Sud median 130° de latitud, pero en cambio el Asia por sí sola es casi doble ancha que los puntos más anchos de las dos Américas. Como los territorios climatológicos están, por regla general, dispuestos en zonas, el clima de América ofrece naturalmente grandes contrastes, pues el Nuevo Mundo con su Archipiélago Artico y especialmente con Groenlandia penetra muy adentro del territorio ártico mientras que su extremo meridional cae de lleno en las zonas fría y templada del Sud. Con esta diferencia de forma entre ambos continentes está íntimamente enlazado el hecho de que la masa de territorios orientales aparece muy dividida y abunda en mares interiores, en golfos, en islas y en penínsulas, al paso que América sólo se presenta accidentada en las



FSRM

5550

costas Norte y Nordeste. Esta falta de accidentalidad no produce, sin embargo, en el clima los mismos efectos que en África hemos visto, pues la mayor aproximación de los mares que á ambos lados se extienden no da á la formación de desiertos el espacio que á la misma proporciona la parte de la tierra triste y pesada.

Comparados con el inmenso país desierto que comenzando en el Sahara atraviesa, con escasas interrupciones de oasis, el Antiguo Mundo desde el Atlántico al Pacífico, aparecen insignificantes los desiertos americanos que, además de contar con mayor número de oasis, nunca presentan el aspecto desolador de los del Norte de África y del Asia central. Hay que tener en cuenta que en América no existen en parte alguna las grandes mesetas que abundan en el continente oriental y que son un factor esencial en la formación de desiertos. Las mesetas y con ellas las altas montañas están en América concentradas en el Oeste al paso que en el Este preponderan las hondonadas y las colinas; de aquí que el viento del Océano Atlántico tenga mayor espacio en que moverse mientras que en las altas montañas se acumulan las nieves y el hielo del Oeste y numerosos manantiales envían sus corrientes, agrupadas en el sistema de grandes ríos tan característico é importante en ambas Américas, á los territorios orientales que con ellas reciben abundante riego.

Únicamente en dos puntos penetra el mar profundamente en el continente americano. La bahía de Hudson entra desde el Norte en la América septentrional, pero su desembocadura se encuentra en las regiones abundantes en hielos del Mar Glacial; las masas de hielo que durante la primavera se aglomeran en ella no sólo hacen difícil la navegación sino que, además, contribuyen poderosamente al enfriamiento de la América del Norte y á la disminución de los bosques. Este golfo no ha desempeñado nunca un papel importante en la historia de los pueblos americanos y muy pocos son los lugares de sus playas que han sido habitados. Más importante es la otra entrecortadura que forma entre las dos Américas un ancho golfo abierto hacia el Este, se extiende sobre 20° de latitud y profundamente penetra en el continente estrechándolo en algunos puntos tanto que de ello ha surgido el atrevido pensamiento de unir los dos grandes mares por medio de la apertura de uno de estos istmos. En Panamá, en donde desde hace 20 años un camino carretero interoceánico suple á lo que algún día ha de hacer el canal, la anchura de la lengua de tierra es sólo de 6 millas. Esta entrecortadura constituye uno de los rasgos más importantes de la configuración de América; gracias á ella la unión de la América del Norte con la del Sud queda limitada á un angosto istmo que ha dificultado en otro tiempo con sus bosques vírgenes casi impenetrables el tráfico entre una y otra, pudiendo en realidad decirse que para las relaciones recíprocas de éstas más ventajoso que este istmo angosto, montañoso y cubierto de selvas hubiera sido un estrecho que separara por completo esas dos mitades continentales. Esto no es decir que esta lengua de tierra fuese infranqueable; pudo ser, sí, una frontera para los pueblos pero no para la humanidad, así es que las tentativas hechas por Hugo Grosio para hacer del istmo de Panamá un dique de separación entre los pueblos americanos han sido combatidas con razón por Laet que se ha fundado no sólo en las semejanzas que existen entre los pueblos de uno y otro lado, sino también en la falta de una montaña, pues las que en el istmo se levantan no lo cierran por completo. De modo que la América central es un verdadero puente entre dos masas de territorios. También pueden ser consideradas como un puente,

aunque con algunos vacíos las numerosas islas que delante del istmo pueblan el Océano formando una espesa cadena desde la península Florida hasta el borde septentrional de la América del Sud. La propagación de los caribes parece demostrar que este camino fué también utilizado en los antiguos tiempos de América. No sin razón se ha dado á estos dos golfos (pues generalmente se divide en dos partes: el golfo de Méjico al Norte y el mar Caribe al Sud) el nombre de Mediterráneo de América, con lo cual se ha querido significar que esta entrecortadura que este mar produce precisamente en el centro de esta parte de la tierra estaba destinada á favorecer el tráfico y por ende la cultura de la misma manera que el Mediterráneo ha sido y, en parte, es aún el centro y el punto de partida de la civilización de Europa, del Norte de África y del Oeste de Asia. Y en efecto, durante todo el siglo décimosexto y en los comienzos del décimoséptimo hasta la definitiva colonización de la América del Norte la cultura partiendo de este gran golfo poblado de islas se ha extendido en todas direcciones hacia el interior.

Las desembocaduras de los ríos, tales como el Plata, el Amazonas y el San Lorenzo, forman una porción de pequeñas bahías. Estas corrientes son de gran importancia local para el tráfico, pues permiten que la navegación marítima penetre profundamente en el interior de los territorios ofreciéndole algunas veces también excelentes puertos. A menudo encontramos en el fondo de estas bahías grandes ciudades mercantiles entre las cuales podemos citar á Pará en la bahía de la desembocadura del Marañón, Montevideo y Buenos Aires en la del Plata y Panamá en el golfo de Darien. Asimismo debe citarse en el número de estas bahías al mar de Maracaibo con la ciudad mercantil del mismo nombre.

No faltan tampoco en la América del Norte estas pequeñas entrecortaduras producidas por el mar que tienen igual importancia que en el Sud para el tráfico; así tenemos al Nordeste de la América septentrional la bahía de la desembocadura del San Lorenzo con la ciudad de Québec, la del Hudson con Nueva-York, metrópoli de toda la América, y la bahía de Delaware con Filadelfia y otras. Estos golfos, que más tarde alcanzaron tanta importancia, no representaron gran papel en la vida de los antiguos indios; más bien hay que atribuir á penínsulas como la Florida, Yucatán y Alaska cierta influencia en el desenvolvimiento de determinados centros de pueblos y de cultura.

Ninguna isla del Nuevo Mundo pudo compararse en su origen por su importancia con Ceylán, Java ó Gran Bretaña; Santo Domingo y Cuba no fueron grandes en la historia hasta que se vieron fecundadas por la inteligencia y por el trabajo de los europeos. En este lado del globo terráqueo sólo abundan en islas el «Mediterráneo» americano, el extremo Sud, el Nordeste y el Noroeste. Todo lo que viene después del Norte cae bajo el dominio del reino de las nieves y de los hielos del Polo Artico.

La configuración del suelo americano está subordinada en primer término á la existencia de un gran sistema de montañas que desde el extremo meridional hasta el Océano Glacial atraviesa en una longitud de 2.000 millas los dos continentes y el istmo que los une; en segundo lugar lo está á la circunstancia de inclinarse esta cordillera en toda su extensión hacia el borde occidental extremo de esta parte de la tierra, á consecuencia de lo cual todas las demás partes del territorio menos montañosas aparecen hacia el Este y en la América del Norte de una manera muy pronunciada hacia el Nordeste; y en tercero al hecho de que

esas extensas porciones del país situadas al Este y al Nordeste de la gran cordillera se desenvuelven principalmente como llanuras; ya sea como mesetas ya como comarcas bajas, y sólo están cubiertas por algunas montañas medias de menos elevación.

El gran sistema de montañas del Oeste, la cordillera, se aproxima tanto á la costa en el extremo meridional de la América del Sud que el mar, penetrando en sus valles, forma un territorio de golfos, costas abruptas, promontorios é islas que inspiró á Cook la comparación del mismo con Noruega. Sigue luego su curso en forma de cordillera relativamente estrecha y muy pegada á la costa occidental por la América meridional templada hasta la frontera Sud de Bolivia en donde aparece la primera de aquellas mesetas que tan importante papel han desempeñado en la historia de la civilización americana. Desde allí la cordillera hasta entonces única se divide en dos grandes cadenas de montañas que corren casi paralelas de un extremo á otro del Perú volviendo á unirse en los 11 y 14° de latitud Sud y formando en este punto una especie de nudo del cual arrancan otras cordilleras secundarias. De aquellas dos cadenas la occidental es la cordillera ó Sierra en el sentido estricto de la palabra, y la oriental, que es la que tiene las mayores alturas, lleva el nombre de Andes que recientemente se ha aplicado á menudo á las altas montañas sudamericanas. En la cresta occidental radican las fuentes de los más caudalosos ríos de la América del Sud y su cúspide se extiende con frecuencia formando vastas llanuras ondulantes ó *punas*, que son regiones frías, estériles y de aspecto desconsolador en donde la vida sólo está representada por la atrevida vicuña y el gigantesco condor. Este inculto territorio, que se llama despoblado, es inhabitado ó poco menos; al otro lado del mismo descendemos á la meseta, más baja por más que está situada á una altura de 2 á 3.000 metros entre las cordilleras de la costa y los Andes orientales cubiertos de eternas nieves. Esta meseta es un microcosmos de montañas y colinas, de llanuras y valles, de lagos y ríos. En algunos puntos de la América del Sud están separadas aquellas cordilleras por una distancia de 150 á 300 kilómetros; en otros se encuentran más próximas. Así surgen las mesetas del Titicaca, de Cuzco, Quito y Bogotá en las cuales los indios, apoyados en desenvolvimientos de cultura independientes, opusieron en otro tiempo enérgica resistencia á los invasores europeos; estas mesetas, que todavía en la actualidad, aunque envueltas en el ropaje del cristianismo y de una civilización incompleta, constituyen el elemento preponderante, son los Campos de los Indios, es decir los campos y los campamentos fortificados, que con análoga naturaleza y parecida importancia histórica reaparecen, bien que en menor escala, en la América central y en Méjico.

La América central se diferencia de las dos grandes mitades por ella unidas principalmente por el escaso desarrollo de la llanura que parece como devorada por el mar y en cambio se asemeja á la parte occidental de aquéllas por lo marcada y extensamente montañosa. En una palabra, se la puede considerar como continuación de los bordes occidentales de las dos mitades de ese continente, tanto más cuanto que por su situación se nos presenta completamente inclinada hacia el Oeste y ostenta en los elevados territorios de Costa Rica, de Nicaragua y de Guatemala, aunque en miniatura, las mesetas del Perú, de Bolivia, del Ecuador, de Colombia y de Méjico. El Yucatán, el teatro bajo tantos conceptos enigmático y misterioso en donde se desarrolló la civilización maya, la península con sus 54 lugares cubiertos de ruinas, es un país poco favorecido

por la naturaleza, seco, pobre en corrientes de agua y abundante en colinas. La parte septentrional de esta angostura la forma Méjico que se va ensanchando hacia el Norte y vuelve á presentar las altas cordilleras de la América del Sud. En la línea transversal de Acapulco á Veracruz hay muchas montañas de más de 5.000 metros de altura. El territorio meridional de Méjico es una cordillera oprimida por el Este y por el Oeste en la que varias perturbaciones han abierto profundas simas en dirección de Norte á Sud. La vertiente de esta meseta que mira al Pacífico es más abrupta que la que cae hacia el Atlántico y por esta razón el tráfico hasta el presente ha huido de la primera para dirigirse á la segunda. El alto valle de Anahuac, en donde Méjico poblado de pequeños lagos salados y de pantanos alcanza una altura de 2.000 metros, se ensancha hacia el Norte bien que conservando siempre la misma elevación y llega á ocupar un gran espacio bajo la forma de meseta cruzada por montañas.

Si penetrando en la América del Norte nos dirigimos de Oriente á Occidente, observaremos que ya en el Mississipi empieza á elevarse el terreno primero lisa y suavemente y después de una manera más abrupta hasta alcanzar al pie de la cordillera una altura media de 1.800 metros. Surgen entonces algunos muros montañosos cuyas cimas se elevan á 4.000 metros y aun más, pero detrás de ellos vuelve á encontrarse una superficie elevada que vendrá á tener, por término medio, una elevación de 1.800 á 2.400 metros y que se extiende hasta el Océano Pacífico en donde termina formando una cresta ó una serie de crestas de montañas parte de las cuales penetran en el mar dando origen á un archipiélago. Comparadas con esta colosal elevación del terreno que llena la sexta parte del continente aparecen insignificantes todas las cordilleras por más que sus cimas se eleven á imponente altura. Esta elevación total ó alta meseta que sirve de fundamento á las cordilleras norteamericanas se eleva en cambio, á partir de la depresión Gila, frontera natural meridional de la América del Norte, tan rápidamente hasta alcanzar su altura media, que ya en Nuevo Méjico — situado inmediatamente al Norte de la depresión — la vemos encaminarse hacia el Norte con una elevación media de 2.000 metros sobre el nivel del mar y ensancharse de un modo que imprime á toda esta parte de la América del Norte occidental un carácter de meseta tan marcado como no lo encontramos en ningún otro punto del continente americano. Este ensanche viene comprendido entre los 35 y los 50° de latitud Norte; al Norte del mismo se juntan las dos crestas de montañas que por el Este y el Oeste circundan esta meseta y en la Colombia Inglesa encontramos de nuevo el carácter de cadena de la cordillera no menos marcado que en muchos puntos de la América del Sud.

Las montañas del Este desaparecen al Norte y al Sud para dar paso á colosales formaciones en las que prevalece el carácter de llanura. Las montañas medias, como las Alleghans con sus cimas de 2.000 metros de altura y sus desfiladeros hasta de 43 metros, tuvieron para los pobladores primitivos excepcional importancia como territorios de caza. En estas montañas, poco habitadas en el interior, la agricultura, única que produce poblaciones densas, quedó limitada, al parecer, en los tiempos indios á los claros naturales que ofrecían los valles de los ríos. Las montañas del Este no han sido nunca verdaderos obstáculos para la propagación de los pueblos en el sentido en que lo han sido las altas montañas occidentales de las dos mitades del continente y por ende tampoco han podido ser puntos de apoyo de civilizaciones especiales.